

El indio mestizo, el indio-origen (La doble-imagen del indígena en la Exposición arqueológica y etnográfica de 1938)

The mestizo-indian, the original-indian (the double-image of the indian in the 1938 Archaeological and Ethnographic Exposition)

Gabriel Serrano Melo

Universidad del Rosario

gabrielserranomelo@gmail.com

Resumen. La Exposición arqueológica y etnográfica de 1938 corrió paralela a una de las celebraciones conmemorativas más importantes de Colombia: el IV Centenario de la fundación de Bogotá. Este espacio constituyó una oportunidad única en el cual los sujetos de la República admiraron objetos de exposición arqueológica que representaban el pasado más remoto, el origen, de la nación. Pero no sólo objetos, sino, como apareció en la prensa de la época, “ejemplares” indígenas fueron traídos y “expuestos”. En su observación, una representación particular tomó lugar sobre ellos: una *imagen* que los proyectó como indios-mestizos e indios-origen: dos caras de una misma moneda que sólo podían coexistir por medio de una mistificación de esta imagen. Este artículo propone, pues, una reflexión a la historia del conocimiento antropológico o etnológico a través del análisis de esta doble-imagen.

Palabras clave: imagen; mestizaje; origen; nación

Abstract. The celebration of the IV centenary of Bogotá’s foundation was accompanied by several social acts displaying a myriad of different self-representations of the Colombia’s national character. A prominent event was the Archaeological and Ethnographical Exposition, in which both objects and indigenous people themselves were exhibited. Both journalists and “amateur” ethnologists or archaeologists forged a representation on what the *indio* meant for the past and the present of the nation. This image was constituted of two overlapping *images*: the image of the *indio-mestizo* and the image of the *indio-origen*. This article suggests that 1938 was a breaking point in the story of this double-image: both origins and future; the best and the worst of the “national soul” was to be found in the representations evident in press of the not-quite-citizens-yet indigenous people of Colombia. This article proposes a consideration to the history of anthropological or ethnological knowledge in Colombia through the analysis of this double-image.

Key words: images; *mestizaje*; origins; nation

Fecha de recepción: 27 de marzo del 2016

Fecha de aprobación: 18 de abril del 2016

Introducción

Cincuenta indígenas de diversa procedencia¹ caminaron por las calles de Bogotá. La sociedad bogotana de la época los vio, con sus vestimentas tradicionales, “chirimías” y “músicas inconocibles”, como lo reportó *El espectador* el 19 de agosto de 1938. Su presencia correspondía a la Exposición Arqueológica que se realizó en la ciudad en el mes de agosto de 1938, en las aulas de la antigua Biblioteca Nacional, con motivo de la celebración del IV Centenario de la fundación de la capital, un verdadero evento nacional que convocaba personas de todos los lugares del país y un momento para recordar, precisamente, la historia patria. El indígena estaba entrando a engrosar las, hasta el momento, muy castellanas filas de héroes y próceres que constituían para aquel entonces el pasado de la nación, aunque lo hicieron por otro lugar fuera de la “Historia”, como argumento más adelante. Los indígenas se “expusieron”, interpretando diversas clases de actos que incluían música, danza y hasta representaciones teatrales. Acompañaban, así, la presentación de objetos de siglos de antigüedad; aunque, según lo que se registra en prensa, “dieron un aspecto típico al acto [de inauguración de la Exposición Arqueológica]”². Fue organizada por Gregorio Hernández de Alba, un reconocido indigenista y autodidacta, jefe del Servicio Arqueológico Nacional, y por Guillermo Fischer, de la Sociedad Colombiana de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, y aprobada por la Sección de Bellas Artes del Ministerio de Educación.³

1 Concretamente guajiros, paeces, guambianos, tunebos y sibundoyes. Clara Isabel Botero, “El surgimiento de museos arqueológicos y etnográficos: laboratorios de investigación y espacios para la visibilidad, divulgación y exhibición del patrimonio arqueológico y las sociedades indígenas,” en Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero ed. *Arqueología y etnología en Colombia: la creación de una tradición científica* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2009), 202.

2 “Solemnemente inaugurada ayer la exposición de arqueología,” *El tiempo* [Bogotá], 4 de agosto de 1938.

3 Clara Isabel Botero, “La creación de una tradición científica en arqueología y la fundación de museos arqueológicos 1930-1945,” en *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: Viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2006), 236–37.

A pesar de que el evento había “llamado poderosamente la atención en todos los círculos de Bogotá”⁴, la reacción que nos queda en prensa es confusa, casi contradictoria; sin embargo, no se trata de opiniones divididas o politizadas, sino que la contradicción resultó inherente a la opinión que se emitiera: aunque fuera el mismo reportero escribiendo sobre el tema, al principio los indios podían ser honorables descendientes de una raza pura, y al mismo tiempo, los condenados de la nación: “un híbrido triste, incapaz de vivir en la selva e ignorante de todos los métodos que se usan para vivir entre los blancos”⁵. Los indígenas eran los herederos por derecho del pasado glorioso prehispánico, eran uno de, en palabras del famoso etnólogo francés Paul Rivet, “tres grandes grupos de civilización [entre el inca y mexicano:] el chibcha o colombiano”, es decir, una gran nación prehispánica unida por la lengua chibcha. Pero también eran los excluidos de la vida nacional en la práctica; se trataba de los marginales de la civilización que se exhibía, al mismo tiempo, en la Exposición Industrial en Bogotá. ¿Por qué tal confusión, tal contradicción en términos?

Considero que la contradicción inherente responde a una manera de entender y de representar lo observado. Esta forma de representación se asemeja a lo que Octavio Paz, refiriéndose a la creación poética, describió como imagen: “toda imagen acerca o acopla realidades opuestas, indiferentes o alejadas entre sí”⁶. La semejanza con la imagen poética que Paz describe, faculta la asunción de esta representación como una imagen que erosionó en prensa en el momento de la llegada y de la “exposición” de estos grupos de indígenas. Nos vemos abocados, pues, al análisis de una imagen que puede tener pistas sobre las intervenciones de la prensa (y de otros actores como Gregorio Hernández de Alba) sobre la historia del conocimiento antropológico

4 “50 indios de varias tribus se presentarán en el IV centenario,” *El tiempo*, [Bogotá], 12 de abril de 1938, párr. 1.

5 Ximénez, “3 estampas de músicos forasteros,” *El tiempo*, [Bogotá], 18 de agosto de 1938, párr. 9.

6 Octavio Paz, *El arco y la lira: el poema, la revelación poética, poesía e historia* (Fondo de Cultura Económica, 1972), 98.

y etnológico en Colombia. En efecto, se trató de una “doble-imagen” que traía en su cara al indio-mestizo, donde este no era ni plenamente indígena ni plenamente “civilizado”; y en su anverso, al indio-origen, una imagen que mostraba a aquellos indígenas expuestos como los mismos que habitaron siglos atrás el territorio de lo que en el momento era Colombia – y que, en ese sentido, facultaba *ver* el pasado en los cuerpos de los indígenas.

Esta doble-imagen fue colectiva, aunque disímil y discordante desde el inicio. Al respecto, Hans Belting sugiere que “nuestro cuerpo natural representa también un cuerpo colectivo, y es también en este sentido un *lugar de las imágenes*, a partir de las cuales existen las culturas”⁷. En el momento en que se cargó de significado la llegada de los cincuenta indígenas a la capital de Colombia con intermediación de la prensa nacional (en periódicos de largo alcance como *El tiempo* o *El espectador*, y en revistas como *Cromos* y *Pan*), se configuró una (doble) imagen ajustada a una coyuntura específica. Esta imagen habitó el cuerpo social, o al menos lo que percibimos de él en la opinión pública, e interactuó dinámicamente con el cuerpo individual de diferentes personas que intervinieron en el momento.⁸

En la primera parte, reviso una cara de esta imagen colectiva del indio como mestizo, una especie de mezcla para algunos deseable, para otros lamentable. En la segunda parte expongo su contraparte, el indio como origen, un reconocimiento de este como un antecedente genético y no tanto histórico del presente nacional. Esta doble-imagen del indio en la Exposición Arqueológica de 1938 es un punto de inflexión, en términos de Georges Didi-Huberman, un verdadero *origen* que muestra la fractura y el quiebre de una manera de entender lo indígena, manifiesta en esta

7 Hans Belting, *Antropología de la imagen* (Buenos Aires: Katz, 2007), 75.

8 Confieso que la dificultad de rastrear los significados que los indios atribuían a la sociedad bogotana y a las representaciones de su propia ‘cultura’ han imposibilitado una reconstrucción más o menos fiel de su parte en este encuentro.

doble-imagen, frente a las construcciones sucedáneas que enfatizaban en la documentación de todas las culturas indígenas que inevitablemente desaparecerían.⁹

El indio mestizo

¿Eran los indígenas traídos a Bogotá en 1938 sujetos ajenos a la vida nacional? Según el análisis de Jimena Perry, por ejemplo, “otros [indios] fueron mostrados con atuendos que no les correspondían, fotografiados con cruces sobre sus cabezas en forma de sombrero y un misionero detrás”¹⁰. Esto corresponde a una determinada noción del encuentro cultural con el otro que supone la existencia de dos entidades disímiles en tensión.¹¹ Para los observadores de la época era todo lo contrario: “se presentarán grupos de indígenas de distintas tribus o pueblos [...] agrupaciones que se harán venir a la capital con sus utensilios, vestidos e instrumentos musicales *propios*”¹². Esto obedecía a la intención de la Exposición, que no fue “demostrar [...] la diversidad cultural”,¹³ sino, al contrario, como indica el Director Nacional de Bellas Artes de entonces, Gustavo Santos, que “se aboque el problema de colombianizar racionalmente los núcleos de indios que aun sobreviven en las regiones apartadas de la República”¹⁴. Más aún, la referencia fotográfica a que alude Jimena Perry es de unos indios guajiros que habían venido bajo el tutelaje del padre Ángel, de la Misión Capuchina a la Guajira; es decir, estos “muchachos” hacían parte de un orfelinato en el cual recibían la educación impartida por la dicha Misión –la cual desde luego, era católica- estos eran

9 Sobre este tema, ver en particular: Roberto Pineda Camacho, “Cronistas contemporáneos. Historia de los Institutos Etnológicos de Colombia (1930-1952),” en Langebaek y Botero Ed. *Arqueología y etnología* 113–72.

10 Jimena Perry, “La exposición arqueológica y etnográfica de 1938 en Colombia: un primer intercambio cultural,” en Langebaek y Botero *Arqueología y etnología*, 88.

11 Un ejemplo puede encontrarse en: Tzvetan Todorov, *La conquista de América: el problema del otro* (Siglo XXI, 1987).

12 “La exposición de objetos indígenas será en Bogotá,” *El espectador* [Bogotá], 17 de febrero de 1938.

13 Perry, “La exposición arqueológica y etnográfica de 1938 en Colombia,” 92.

14 Gustavo Santos, “Exposición arqueológica,” s.f., párr. 2, Archivo de Gregorio Hernández de Alba en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

“muchachos guajiros que integran la banda de música de la comisaría”¹⁵. De igual manera sucedía, por ejemplo, con los indios sibundoyes, quienes estaban acompañados del padre Marcelino de Castellví – por demás, gran contribuidor de la etnografía en Colombia – quien dirigía en el Putumayo el Centro de Investigaciones Lingüísticas y Etnográficas de la Amazonia Colombia, instituto que él mismo había fundado en 1933¹⁶.

Los indios que iban a ver la capital, pues, no eran individuos ajenos a la vida nacional. No quiero afirmar, sin embargo, que constituían una parte activa de ella: de ninguna manera. Habitaban su extraño margen, en una especie de frontera cultural, y así fueron representados por quienes los vieron. En el programa de la “fiesta indígena», programada para el 20 de agosto, se lee en el punto cuatro del acto de los indios guajiros “cuadro de homenaje a la bandera colombiana”¹⁷. Cuando hubiera llegado el grupo de indios guajiros, anunciaba *El tiempo*, un grupo de boy-scouts les haría calle de honor a su llegada. Las “señoras” habían hecho un llamado al comercio para que se “obsequie algún artículo para regalar a los delegados indios de la Guajira”¹⁸, así como si fueran una de las muchas delegaciones que vinieron al IV Centenario, incluso de países vecinos como Ecuador y Bolivia. Pero en la misma noticia se lee también “una distinguida comisión de damas pertenecientes a nuestra alta comisión ha sido designada por el director del certamen de arqueología [Gregorio Hernández de Alba], para que arregle lo relacionado con el alojamiento y la *exposición* de los indios”¹⁹ quienes eran delegados, dignos descendientes de reyes y nobles ancestrales... que tenían que estar bajo el tutelaje de *mujeres*. Como niños, niños delegados, indios mestizos, casi

15 “Hoy llegó a la ciudad la banda de indios guajiros,” *El tiempo* [Bogotá], 27 de julio de 1938.

16 Pineda Camacho, “Cronistas contemporáneos,” 120.

17 Santos, “Exposición,” 3.

18 “Hoy llegó.”

19 “Hoy llegó.”

civilizados.²⁰ El cuadro se compone.

No olvidemos el contexto de la “exposición» de los indios. Cuando fue anunciado el proyecto de la Exposición en febrero, *El tiempo* publicó lo siguiente:

En todos los proyectos sobre celebración del centenario se nos está olvidando el indio [...] pero hay quien vele por él y quien sueñe con enaltecerlo como primitivo dueño de estas tierras [...] trayendo a ojos de nacionales y turistas las muestras de la civilización desaparecida y las realizaciones de los que todavía viven la azarosa existencia de la tribu [...] La exposición arqueológica es para todos y *para los ojos* [...] se gozará con la *contemplación* de ciento y más productos de la industria indígena y sobretodo con *ejemplares* de diversas tribus, hombres y mujeres que el gobierno, si apoya la idea, hará trasladar a Bogotá, con sus vestidos, utensilios, instrumentos musicales, etc.²¹

Los indígenas acompañaban las piezas arqueológicas como muestras mismas, o mejor, se esperaba que acompañaran las piezas arqueológicas como “ejemplares”. Esta pequeña noticia también muestra algo crucial: las personas iban a *ver* (aunque suene natural y obvio) la Exposición, y como consecuencia, iban a “contemplar” a los indígenas como se contemplaban las piezas arqueológicas. En ese sentido, es cierto que la imagen que elaboraron sobre el indígena era “la representación viva del pasado”²². Pero, más que representación, eran indios vivos, que interactuaban: “grupos de vivientes”, como se le llamó el día siguiente de la inauguración, el 4 de agosto de 1938, que “daban realce a aquellos objetos antiguos”²³ y al mismo tiempo “[sus] vistosos ajuares [de los sibundoyes] contrastaban de manera llamativa con el arreglo y el orden que reina en los dos salones en que se ha hecho la exposición»²⁴. En palabras del

20 Expertos que analizaron las grabaciones de Hernández de Alba de música guambiana y páez afirmaban tajantemente que esta era una “manifestación muy interesante de mestizaje cultural” “Algunos comentarios sobre la música de los indios guanbianos y paeces,” s.f., Biblioteca Luis Ángel Arango. Archivo de Gregorio Hernández de Alba en la.

21 “Exposición arqueológica,” *El tiempo*, 11 de febrero de 1938.

22 Marcela Echeverri Muñoz, “El Museo Arqueológico y Etnográfico de Colombia (1939-1948): La puesta en escena de la nacionalidad a través de la construcción del pasado indígena,” *Revista de Estudios Sociales* (1999): 109, <http://www.redalyc.org/resumen.oa?id=81511264008>.

23 “La exposición arqueológica,” *El tiempo*, 4 de agosto de 1938.

24 “Solemnemente inaugurada ayer la exposición de arqueología.”

mismo Hernández de Alba, en lo que puede llamarse el “catálogo» de la exposición, estaba la presencia en ella de “los indios vivos y los indios antiguos”²⁵.

En la edición de *El tiempo* del 4 de agosto de 1938, se resumía la conferencia de Luis López de Mesa – titulada, según el Plan de conferencias de la Exposición, “El indio y lo indígena en la cultura Colombiana”²⁶ – en donde se exaltaba al mestizo como la mejor raza del mundo (era, incluso, la raza de Jesucristo). En contraste, el indio “puro”, el que encontraron los españoles, estaba caracterizado por una “franca decadencia, de un debilitamiento traído por la lucha con este medio hostil, donde han ido desapareciendo las especies animales superiores” por lo cual la mejor obra la hicieron los guerreros españoles, al mezclar su sangre con la indígena y dar luz al mestizo. “El ideal para la población de los pueblos nuestros es esta conjugación de sangres”²⁷. Un redactor para *El tiempo*, según entrevista que le hizo a Paul Rivet, afirmaba después que éste decía que aunque se pueden ver todavía indios en las calles colombianas “ya son, y en grado alto, civilizados”; en efecto, Colombia es, a excepción de Argentina, Uruguay, las costas de Brasil y Chile, el país propiamente americano “que más ha adelantado la incorporación étnica y cultural” pues “en Colombia no se presenta [un marcado perjuicio racial contra la mezcla de razas]”. Paul Rivet afirmó también que fueron los colonos hispanos quienes “aportaron su hondo sentimiento democrático» que vino a ser clave de la construcción de democracia política que “hoy puede admirarse”²⁸.

El indio que vino a “tierras de blancos” hacía parte de “algunos grupos de las más interesantes tribus de nuestras apartadas regiones primitivas ya a ser civiliza-

25 Gregorio Hernández de Alba. *Colombia: compendio arqueológico* (Bogotá: Editorial Cromos, 1938), 9.

26 Santos, “Exposición,” 2.

27 “La conferencia del profesor Luis López de Mesa,” *El tiempo* [Bogotá], 4 de agosto de 1938.

28 J. Lloreda Camacho, “En los colonos españoles está el origen de nuestra democracia dijo Rivet,” *El tiempo*, 21 de agosto de 1938.

das”²⁹. Esta frase ilumina la categoría mestiza a la cual fueron adscritos, y con la cual los indígenas fueron vistos en la Exposición Arqueológica: no plenamente incorporados, pero sí en el proceso de aculturación, de incorporación. La mirada sobre el indio no fue estática, no fue una mirada de desprecio por un Otro nacional. La mirada fue activa, quizá, me atrevo, interactiva, que mostró los miedos de la sociedad bogotana que los vio, pero que también mostró sus propuestas activas por incorporarlos a la comunidad nacional. Se trataba de un Otro en transición, un Otro mestizo.

Hernández de Alba escribía en 1936: “y había también entre tu espíritu [de la traductora de los indios guajiros en una de sus expediciones], esa quiebra moral que resulta del contacto de dos culturas, antes de que una acabe a la otra”³⁰. La “absorción cultural”, la posibilidad de que una cultura desapareciera frente a otra, produce en nosotros una sensación de disgusto y alarma. ¿Pero él se sentía en alguna clase de dilema moral respecto a la inminente muerte de una cultura entera? Todo parece indicar que no. El proceso de aculturación no producía en Hernández de Alba en 1938 un sentido de culpa: el indio-mestizo era una imagen que resultaba de un proceso de incorporación de éste a la vida nacional. Era el resultado del programa de “colombianizar racionalmente” a aquellos indígenas que aún no hacían parte de la nación. Si no se ejecutaba conforme a esta agenda política de integración, la absorción y eliminación de la cultura indígena era tan sólo una cuestión de tiempo.

El indio-origen

Como mencioné antes, la configuración de la imagen del indio en la Exposición Arqueológica estaba asociada al pasado, bien por yuxtaposición con los objetos arqueológicos en exhibición, bien por la preconfiguración de la imagen, por la creación de una mirada especial sobre el indio, particularmente sobre su raza. En 1931, vari-

29 “La fiesta indígena en el teatro de Colón,” *El espectador* [Bogotá], 19 de agosto de 1938.

30 Biblioteca Luis Ángel Arango. Archivo de Gregorio Hernández de Alba. “Estampas Guajiros”

os años antes de la Exposición Arqueológica, el ya mencionado Hernández de Alba, había pronunciado una conferencia a raíz del día de la raza (12 oct). Hernández de Alba se quejaba agriamente por la carencia de un digno programa de exaltación racial y de la “poca comprensión y poca estima que tenemos del verdadero significado y del poder no sólo de nuestros caracteres etnológicos sino de las fuentes propias de nuestro espíritu y cultura”³¹. En *El espectador*, referenciando las posibles reacciones del público frente a la “fiesta indígena”, el escritor sugiere dos posibilidades: “alguna sonrisa trivial” para aquellos que no se interesan en la investigación de la “ascendencia racial de nuestro pueblo” o, para aquellos que sí lo hicieran “será la presencia de los artistas indígenas de las más agradables manifestaciones de nuestro origen”³². Esta noción de origen constituye una mirada no enteramente científica, sino más bien mágica. Una mirada científica sería aquella que somete la evidencia al conocimiento contemporáneo sobre el tema; una mágica conjuga la evidencia como muestra no enteramente racional de algo que desea ser probado. En el caso de la Exposición de 1938, la mirada mágica concedía la posibilidad de adjuntar un valor cuya referencia frente a la evidencia no era lógica, es decir, permitía ver en los indígenas expuestos a los mismos antepasados milenarios del “alma nacional”.

Cuando se miraba al pasado, se miraba al pasado-en-actualización, al pasado hecho presente constantemente. No es sorpresa que la celebración del Centenario en prensa, por ejemplo en la revista *Cromos*, dedicara un ejemplar a los grandes personajes de la conquista, colonia e independencia. El indio estaba apareciendo en escena pero no hacía parte del pasado histórico, del pasado como hecho, comprobable en archivos, sujeto a discusión “científica”. El indígena era origen en su más pura expresión, era ancestro. La imagen del indio no sólo era la imagen mestiza, en proceso

31 Biblioteca Luis Ángel Arango. Archivo de Gregorio Hernández de Alba . “Estudio sobre nuestra raza,” 16 de octubre de 1931.

32 Archivo de Hernández de Alba. “Fiesta indígena.”

de cambio: era la muestra a la vez del futuro y del pasado más remoto que se expresaba en caracteres heredados, que corrían en la sangre. El término clave es *raza*. “Del mestizaje pues no debemos olvidar que en el fondo racial como en el fondo síquico bullía el indio”³³. Si había algún problema con la economía nacional (historia) era porque había un olvido generalizado del origen racial mixto que caracteriza a la raza hispanoamericana.

En la Exposición Arqueológica, la cuestión del origen estaba impresa en toda discusión o caracterización del indio. Fernando Restrepo Vélez, aficionado a la arqueología, encontró, con ayuda del conecedor José María Uribe, ejemplares arqueológicos que no coincidían con otras culturas americanas ya descubiertas. Fotografías de los ejemplares se reproducirían en el periódico. Cuando fueron entrevistados, afirmaron que la investigación juiciosa mostraría que los objetos eran índices de “la cultura superior que poseían nuestros antecesores” y también “serviría para presentar a la faz del mundo, un *origen* no menos digno que el de los pueblos que conquistaron estas tierras”.³⁴ Objeto arqueológico y ejemplar etnográfico se conjugaban, entre la ciencia y la magia, para producir la vista fantástica del origen más remoto, y por ello mismo, más incrustado dentro de lo que implicaba ser el heredero de la raza hispanoamericana.

En aquellas interacciones de la Exposición Arqueológica, la imagen del indio se mostró como vital. Como anunció Hernández de Alba, lo indio hacía parte de las “fuentes propias de nuestro espíritu y cultura”. En una amalgama de tiempos históricos, la mirada sobre el indígena se conjugaba mágica y científicamente con la mirada sobre el objeto arqueológico, revelando en el primero, los caracteres raciales que dieron lugar no sólo al objeto arqueológico, sino a la raza colombiana. La interpretación es literal. Las características de piezas arqueológicas se traducen en

33 Archivo de Hernández de Alba. “Estudio raza.”

34 “En la exposición de arqueología,” *El tiempo* [Bogotá], 15 de agosto de 1938.

caracteres ‘genéticos’ (término actual) de los indios, que a su vez se transmiten a los habitantes plenamente mestizos de las tierras donde se hallan uno y otro, el objeto y su creador actual.³⁵

Las discusiones y debates que corrieron por todos los años treinta del siglo XX apuntan al descubrimiento del “alma nacional”. Tal empresa no podía sino asociarse a la noción de raza, una idea que describía los orígenes profundos de caracteres heredados correspondientes a rasgos morales (indolencia, laboriosidad, tolerancia al cambio). Son estos los “códigos invisibles de lo visible”³⁶, y esta exposición escondía, así, la búsqueda del “alma nacional”: los objetos encerraban “el espíritu y la vida de un pueblo que debemos conocer si se quiere llegar a una completa comprensión del alma nacional”.³⁷ Encontrar los orígenes, también en el indio olvidado por todos, tenía consecuencias prácticas y actuales para enfrentar los problemas nacionales.³⁸

Se trataba, pues, del descubrimiento de un pasado que no era plenamente histórico, en el sentido de que sus agentes no pertenecían al dominio de la historia nacional como protagonistas. El indio-origen era la imagen del antecedente directo, genético antes que genealógico, de uno de los componentes “alma nacional” y no la imagen del héroe de la gesta nacional. El indígena no hacía parte de la historia; él era el receptáculo dócil sobre el cual se inscribió la cultura europea: [...] sobre la dúctil greda americana, tan dúctil como la gente indígena para la acomodación de una nueva forma de cultura”³⁹. En efecto, eran plenamente originarios. Cuando la comisión de “guajiros” llegó a la ciudad el 29 de julio, una nota en *El tiempo* los señalaba como

35 “Arqueología nariñense [sic],” *El tiempo* [Bogotá], 17 de agosto de 1938.

36 Régis Debray. *Vida y muerte de la imagen: Historia de la mirada en occidente* (Barcelona: Paidós, 1994), 15.

37 Santos, “Exposición,” párr. 2.

38 Por ejemplo, mejoraba la vida del campesino, “hijo del indio,” al incorporar en su vida diaria la estética ancestral, originaria. Gregorio Hernández de Alba, “Exposición sobre artes e industrias chibchas muiskas,” ca de 1940, Archivo de Gregorio Hernández de Alba en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

39 *El Tiempo*. “La exposición arqueológica.”

“antiguos reyes cuya ascendencia se remonta a la noche de América”⁴⁰. No hay continuidad desde su contacto con los españoles en el siglo XVI hasta 1938; la única vía de acceso es por detrás de la “Historia”, como orgullosos antepasados que habitaron la *noche* de América – sus tiempos más oscuros y febriles. La democracia había de acuñarse no a los indígenas, naturalmente, sino a la disposición de los “primitivos pobladores españoles de su tierra” quienes, al carecer de prejuicios raciales y al mezclarse con las poblaciones nativas, “aportaron su hondo sentimiento democrático”.⁴¹

¿Cómo se inserta esta imagen del indio-origen en el relato sobre la disciplina antropológica y arqueológica en Colombia? Clara Isabel Botero insistió en la gran transición que sufrió la práctica arqueológica desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX, que pasó de considerar los objetos arqueológicos como “antigüedades” o “curiosidades” a “documentos” y “evidencia”. Hay, pues, una profesionalización de la práctica arqueológica y, si se me permite el neologismo, una “cientificación” de los objetos arqueológicos (y no sobra decirlo, etnográficos). Pero hay que ser muy cuidadosos con la cronología: agosto de 1938 fue un mes agitado para la arqueología y etnografía nacionales. Además de la exposición, el 6 de agosto llegó a Colombia un personaje que cambiaría muchas cosas de la disciplina, entre ellas, esta visión mágica, científica, genética del indígena: Paul Rivet. Su llegada implicó varias cosas. En primer lugar, se conoció formalmente con Gregorio Hernández de Alba y lo invitó a estudiar en París en el Museo del Hombre (lo cual sucedió en 1939). En segundo lugar, la mirada de Paul Rivet, a pesar de coincidir en algunos aspectos, divergía de la mirada que se estaba formando sobre el indio en Colombia. Para él, el valor del pasado en la mirada al indígena era indécico, documental,⁴² no era “mágico”, como

40 “Saludo a los guajiros,” *El tiempo* [Bogotá], 29 de julio de 1938.

41 Lloreda Camacho, “En los colonos.”

42 El mismo Hernández de Alba vendría a ver las expresiones indígenas (y a los indios mismos) como parte de grupos culturales, no como parte de razas que son componentes genealógicos de carácter. vg. Gregorio Hernández de Alba, “Ciudadanos o indios?,” ca de 1950, Archivo de Gregorio Hernández de Alba en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

para los colombianos que miraban a los indios desfilan y danzar, estupefactos pero admirando, admirándose a sí mismos en un pasado distante.

El mes de agosto de 1938 se cristalizó esta mirada genealógica del indígena, pero pronto murió. Con el exilio definitivo de Paul Rivet a Colombia a causa de la ocupación nazi de Francia y la creación del Instituto Etnológico Nacional en 1941, las ideas más científicas de Rivet sobre el hombre americano penetraron la sociedad colombiana una vez y para siempre. “El origen [...] cristaliza dialécticamente la novedad y la repetición, la supervivencia y la ruptura: es primero *anacronismo*”⁴³. Sin embargo, la imagen colectiva que se formó, de diversas fuerzas históricas resultó ser anacrónica. El indio-origen fue una imagen que constituyó una fractura en la mirada de la sociedad bogotana sobre el indio. Porque si bien fue científica, al mismo tiempo fue genealógica, casi mágica. Dio signos del valor indécimo que se le acuñaría al indio (como documento, en la amalgama indio-objeto) pero también mostró el intersticio que hubo en la visión del indio como origen de los caracteres raciales-nacionales más profundos.

Conclusión

He descrito una doble-imagen sobre el indio que se hace manifiesta en la prensa de la Exposición Arqueológica y Etnográfica de 1938. Periodistas que escribieron sobre el evento y personajes tales como Hernández de Alba o Luis López de Mesa tuvieron su parte en forjar la naturaleza y el alcance de esta doble-imagen. Ella vino a entrar en el espacio de opinión pública, habitó el cuerpo social y designó una manera particular de entender lo indígena. La doble-imagen mostraba un sujeto que había cesado de ser plenamente el señor y dueño ancestral de las tierras que ahora son Colombia, para convertirse en una amalgama que no estaba plenamente civilizada ni era ple-

43 Georges Didi-Huberman, *Ante el tiempo: Historia del arte y anacronismo de las imágenes* (Buenos Aires?: Adriana Hidalgo editora, 2006), 128.

namente indígena. Y al mismo tiempo, era asimismo un indio que era origen en un sentido *genético* y no histórico: era un antepasado que entraba a la historia por vía de su descendencia, no un actor concreto del pasado. Por ello mismo, la mirada sobre el indio que era “expuesto” en 1938 era una mirada directa, inmediata en el sentido de sin mediación, al pasado: no era coincidencia que objeto arqueológico y ser etnológico se presentaran como un conjunto. Tanto el indio mestizo como el indio-origen coexistían en el cuerpo social como imágenes interdependientes, al punto de ser una sola: la doble-imagen sobre el indio de la Exposición arqueológica y etnográfica de 1938. En últimas, este artículo propone que sólo a través de la recuperación de estas *imágenes* es que podemos reconstruir las intervenciones de diversos actores (tanto de la opinión pública como de etnólogos como Hernández de Alba) sobre la historia del conocimiento antropológico o etnológico en Colombia.

Bibliografía

- Belting, Hans. “El lugar de las imágenes II: Un intento antropológico.” En *Antropología de la imagen*, 71–107. Buenos Aires: Katz, 2007.
- Botero, Clara Isabel. “El surgimiento de museos arqueológicos y etnográficos: laboratorios de investigación y espacios para la visibilidad, divulgación y exhibición del patrimonio arqueológico y las sociedades indígenas.” En *Arqueología y etnología en Colombia: la creación de una tradición científica*, editado por Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero, 79–94. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2009.
- Botero, Clara Isabel. “La creación de una tradición científica en arqueología y la fundación de museos arqueológicos 1930-1945.” En *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: Viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*, 225–70. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2006.
- Debray, Régis. “El nacimiento por la muerte.” En *Vida y muerte de la imagen: Historia de la mirada en occidente*, 19–40. Editorial Paidós, 1994.

Didi-Huberman, Georges. “La imagen-matriz: Historia del arte y genealogía de la semejanza.” En *Ante el tiempo: Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 101–36. Adriana Hidalgo editora, 2006.

Muñoz, Marcela Echeverri. “El Museo Arqueológico y Etnográfico de Colombia (1939-1948): La puesta en escena de la nacionalidad a través de la construcción del pasado indígena.” *Revista de Estudios Sociales*, 1999. <http://www.redalyc.org/resumen.oa?id=81511264008>.

Paz, Octavio. *El arco y la lira: el poema, la revelación poética, poesía e historia*. Fondo de Cultura Económica, 1972.

Perry, Jimena. “La exposición arqueológica y etnográfica de 1938 en Colombia: un primer intercambio cultural.” En *Arqueología y etnología en Colombia: la creación de una tradición científica*, editado por Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero, 79–94. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2009.

Pineda Camacho, Roberto. “Cronistas contemporáneos. Historia de los Institutos Etnológicos de Colombia (1930-1952).” En *Arqueología y etnología en Colombia: la creación de una tradición científica*, editado por Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero, 113–72. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2009.

Todorov, Tzvetan. *La conquista de América: el problema del otro*. Siglo XXI, 1987.

Fuentes

Hernández de Alba, Gregorio. *Colombia: compendio arqueológico*. Editorial Cromos, 1938.

El tiempo [Bogotá] 11 de febrero de 1938-21 de agosto de 1938.

El espectador. 17 de febrero de 1938. “La exposición de objetos indígenas será en Bogotá.”

El espectador. 19 de agosto de 1938. “La fiesta indígena en el teatro de Colón.” Ximénez. “3 estampas de músicos forasteros.”

Archivos

Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, Colombia (BLAA)

Archivo de Gregorio Hernández de Alba en la Biblioteca Luis Ángel Arango.